

## LAS BIBLIOTECAS DE MISIONES PEDAGÓGICAS

Ante este epígrafe: «Bibliotecas de Misiones Pedagógicas», surgen, naturalmente, unas cuantas preguntas: ¿Qué son? ¿Qué se proponen? ¿A quiénes se destinan? ¿Cómo están formadas? ¿Cuál es el mecanismo de su funcionamiento? ¿Qué resultados se obtienen? Contestar a estas preguntas es precisamente lo que nos proponemos en esta «Nota».

Misiones Pedagógicas, organismo encuadrado hoy dentro del Instituto de Pedagogía «San José de Calasanz», tiene, entre sus varias secciones, ésta muy importante llamada de *Bibliotecas*. Su cometido es proporcionarlas a las escuelas nacionales, las rurales de un modo preferente. Misiones se propone por este medio dotar de este esencial instrumento de cultura a nuestros pueblos, pues la falta de libros es siempre un vacío lamentable. Si lo notan los que carecen de ellos, muy sensible; si ni siquiera lo echan de ver, más sensible aún.

Hay dos tipos de bibliotecas: la escolar y la del maestro. Por lo que a la primera se refiere, se trata de un conjunto de libros destinados a los niños de nuestras escuelas... y tal vez a los *grandes* también, como veremos más adelante. Estos libros no pueden ser muchos—quizá el nombre de *bibliotecas* sea un poco ambicioso—, por razones fáciles de adivinar: lo subido del precio, la escasez del presupuesto y la multitud de peticiones a que hay que atender. Si no son muy numerosos, se procura, en compensación, que sean selectos. No figuran en estas relaciones los libros elementales de las asignaturas que los niños aprenden en la escuela, porque éstos son los que suelen adquirir los maestros con la pequeña consignación, y los que los niños, en todo caso, compran. Son libros de lectura de diversas materias que sirvan para ampliar, para completar la formación científica de los escolares; para despertar su afición y abrirles horizontes; que sirvan, sobre todo, para hacerlos mejores.

Algunos volúmenes de materias religiosas, otros de biografías, relaciones de viajes, cuentos, poesía selecta, etc. Como en la literatura infantil—de una sencillez tan difícilmente lo-

grada—son escasas las obras que satisfagan plenamente, se requiere una delicada crítica, que debe ser realizada por personas que reúnan a la vez criterio literario y criterio pedagógico. Por eso, la Sección de Bibliotecas celebra reuniones con los directores de Graduadas y maestros de Madrid, en cuyas escuelas hay bibliotecas donadas por Misiones. En estas reuniones, además de la crítica de libros, surgen iniciativas, se suscitan temas de interés relacionados con el asunto, y se procura estar al día en el movimiento literario infantil. Esta inquietud por los libros para niños es bienhechora en diversos aspectos, pues crea un movimiento favorable, ya que, trascendiendo a los autores y editores, orienta, y hasta cierto punto condiciona un poco, la nueva producción. La Sección de Bibliotecas está, además, en comunicación con otros organismos que tienen una preocupación semejante. Por ejemplo, «Biblioteca y Documentación», de Valencia—que acaba de establecer este servicio en Madrid—, y el «Gabinete de Lectura Santa Teresa de Jesús», del Consejo Superior de Mujeres de Acción Católica, que realiza una meritisima labor en este sentido. Con estos elementos de juicio se escogen las obras que figuran en nuestras bibliotecas.

*¿Adónde se envían? ¿Y qué se puede hacer con ellas?*—Como hemos indicado ya, las bibliotecas de Misiones están destinadas a las escuelas nacionales; pero de entre ellas, con una marcada y bien justificada preferencia, a las escuelas rurales, que no disponen, de ordinario, de otros libros que aquellos que nuestra Sección les envía. En este sentido, son muy expresivas las cartas de los maestros que nos pintan la miseria intelectual de estos pueblos.

Los lotes de libros que Misiones envía no son, ciertamente, muy numerosos por las razones que hemos mencionado ya; pero yo diría que son *simiente de bibliotecas*. Despiertan la afición, estimulan el apetito, engolosinan, y, una vez conseguido esto, nuevos libros surgen de donde sea. Unas veces, los maestros hacen pagar una pequeña cuota por llevarse los libros a casa, y con este dinero, que lentamente va viniendo, compran algunas obritas; otras veces es el Ayuntamiento, que, a vista del entusiasmo que la biblioteca despierta, aporta una pequeña consignación para acrecentarla; o es el indiano o el ricacho del pueblo... En ocasiones, Misiones Pedagógicas envía un pequeño lote como premio a las «bibliotecas» que demuestran tener una intensa vida, y que crean en su torno actividades dignas de recompensa. Lo importante es que los maestros y sus

colaboradores en este menester sepan dar aire a los libros. Pongamos ejemplos prácticos: en un pueblo de la provincia de Lérida—400 habitantes—, el maestro forma alrededor de la biblioteca una especie de Sociedad de Amigos del Libro, cuyos miembros pagan una pequeña cuota mensual: unos, *dos* pesetas; otros, *una*, y algunos, sólo *cincuenta céntimos*. Con estas aportaciones compran más libros, y a nuestra Sección acuden en demanda de consejo y de referencia sobre la selección de las nuevas adquisiciones. En otros pueblos—tengo presentes dos de la provincia de La Coruña—realizan veladas, cobran una modesta entrada, y la recaudación se destina a incrementar la biblioteca. Una iniciativa digna también de servir de ejemplo es la de aquella maestra de un pueblo de Barcelona que, en torno a la biblioteca, celebra hermosas Fiestas del Libro con verdadera eficacia. Previamente organiza entre las niñas sencillos certámenes literarios, con el incentivo de sus premios correspondientes. Luego, el 23 de abril, en una velada llena de sentido artístico, se leen los trabajos y se reparten las recompensas. Algún año se le han enviado de la Sección de Bibliotecas los libros para los galardonados. En una ocasión llevó a cabo, incluso, unos juegos florales infantiles. Reseña y fotografías se conservan en nuestros archivos. Es decir, que, puestos los libros en manos de un maestro entusiasta, inteligente y organizador, son, en efecto, como *siemiente* de una fértil cosecha, esto es, de una estimable biblioteca.

De los resultados obtenidos de esta siembra de libros mucho podría decirse. Sólo con las cartas que llegan de continuo a nuestra mesa de despacho se podría hacer una antología muy expresiva de los beneficiosos frutos que produce la sana lectura. No creemos necesario insistir, pues nadie ignora la poderosa influencia que los libros ejercen. Lo que si hemos de hacer notar es que esta influencia es mucho mayor en las gentes de poca cultura. Es notable la fascinación que la letra de molde ejerce en ellas. Por eso, la lectura es en estos casos un arma de dos filos, puesto que, no hallándose en situación de discernir, fácilmente se pueden filtrar doctrinas erróneas y corruptoras. Hemos afirmado antes que carecer de libros es malo; hay algo peor, y es la invasión que en muchos pueblos se hace de lecturas perniciosas; de libros moral y literariamente malos. Sabemos que, aun a nuestras aldeas más remotas, llegan con cierta periodicidad traficantes que dejan por una pequeña cantidad «entregas» de novelones, detestables en todos los aspectos. Sabemos también que en esos *sobres con sorpresa* que se venden

en quioscos y puestos de libros, se deslizan cuentos de contenido francamente inmoral. Pues bien: contrarrestar y evitar estas dañosas influencias es uno de los laudables resultados que se consiguen con las bibliotecas de Misiones. En cierta ocasión, la maestra de un pueblo de Extremadura nos enviaba un libro, y consignaba estas palabras: «He aquí el libro que he podido arrancar de manos de una niña, gracias a los que ustedes me enviaron, pues sustituí éste por uno de los de la biblioteca.» El libro era horrible.

Aparte de esta ventaja, que pudiéramos llamar de tipo negativo, hay preciosos resultados positivos. Consignemos, verbi gracia, aquel magnífico elogio de una niñita gallega que me escribió: «Desde que leemos estos libros tan bonitos que usted nos mandó, pensamos mejor y hablamos mejor.» Hermosa expresión que encierra en su sencilla concisión toda la bienhechora eficacia de los libros. El maestro de un pueblo de Murcia, donde hay también una Sociedad semejante a la que hemos citado, nos habla de los excelentes resultados de la biblioteca, y dice textualmente: «Según las últimas comprobaciones, puede decirse que no hay un solo analfabeto en la localidad. Y añade: «No es sólo la tendencia de las clases, sino que, además, se leen y comentan obras de los mejores autores, para que así puedan saborear toda la esencia de los buenos libros que caigan en sus manos.»

De un pueblecillo de Salamanca, lindante con Portugal, me comunica el maestro: «En las noches largas del invierno, las gentes, arrimadas al hogar en grupos de cinco o seis familiares, pasan las horas del *serano* leyendo o escuchando, mientras hilan o cosen las mujeres.» Y se conoce que se les despierta tal afición por la lectura, que, según datos que me envía, en nueve meses ha hecho *seiscientos noventa préstamos de libros*, y hay que hacer notar que se trata de una entidad de población de cuatrocientos habitantes.

Es un niño de una aldeita coruñesa quien me dice en una ingenua y simpática carta que tengo a la vista: «Por las noches, mientras unos desgranaban el maíz de la cosecha, otros leen, y todos escuchamos.»

Ambas descripciones son tan expresivas en su sencillez, tan llenas de color, que uno se complace en rehacer la escena en todo su sabor patriarcal. La rústica cocina, en cuyo hogar arde, crepitante y olorosa, la leña. La familia y algunos contertulios, congregados en torno al fuego, descansando del trajín de la jornada. Mientras se llenan los recipientes de dorados gra-

nos o se hilan los blancos copos, se cambian impresiones sobre el tempero, los ganados o las faenas de actualidad en el campo; se comenta la noticia, un tanto retrasada, que traen *los papeles*, y se lee. Es quizá el maestro el que lo hace, o el niño, despabiladito e inteligente, hijo del amo de la casa. Se trata, tal vez, de una relación de viajes, evocadora de lejanas tierras, y llena de sugerencias; es un romance clásico, que recuerda viejas hazañas, y que se pega fácilmente a la memoria; o una de las «cien mejores poesías», cuyas sutilezas, si por acaso no se penetran bien, son, por lo menos, música grata al oído y dejan un sedimento gustoso; es, por ventura, una página del *Quijote*, que pone una risa sana y optimista en todos los labios, o una escena evangélica, que deja flotando en el ambiente su divina fragancia bienhechora.

Todo esto, por lo que se refiere a las bibliotecas escolares. Pero Misiones Pedagógicas no podía olvidar al maestro, aislado muchas veces en aldeitas miserables, perdidas en la estepa o arrinconadas en la sierra, alejadas de toda inquietud intelectual. En estas circunstancias, la misión del maestro—privado de todo aliciente espiritual—se torna heroica, y ha menester muchos estímulos para no desfallecer. Su gran amigo, en estos casos, es el libro. Pero, de ordinario, los escasos medios económicos con que cuenta no le permiten comprarlos. Por eso, en una laudable iniciativa se ha creado la biblioteca que se llama así: *del maestro*. Está destinada especialmente a perfeccionar su formación y a proporcionarle un modo de llenar eficazmente sus horas en medio de la penuria intelectual de los pueblos. Una defensa contra la depresión de ánimo que fácilmente le conduciría a la rutina, el adocenamiento y la apatía. Una chispa de calor para encender y mantener el fuego sagrado de su vocación. Para el maestro se buscan obras selectísimas de religión, de pensamiento español, de pedagogía, de literatura, clásicos, etc. Con esta compañía, su soledad se llena de voces amigas y halla así poderosos alicientes. Por eso, un maestro del occidente de Asturias nos escribía, radiante: «Quisiera que usted hubiese visto cómo un maestro de una aldea remota se iba sonriendo a su soledad con *La ciudad de Dios*, de San Agustín, debajo del brazo».

Las bibliotecas se mandan a las escuelas con carácter absolutamente gratuito, libres, incluso, de los gastos de envío. ¿Cómo conseguir una de estas bibliotecas? Basta una instancia suscrita por el maestro de que se trate, informada por el inspector correspondiente, y dirigida al director del Instituto «San José

de Calasanz». Lo numeroso de las peticiones y lo limitado de los medios económicos, no permiten la diligencia en la concesión que Misiones Pedagógicas desearía. Como se ha indicado reiteradamente, se da preferencia a las escuelas rurales. Tienen, asimismo, un trato de favor las escuelas de aquellos maestros que han asistido a las Semanas que Misiones Pedagógicas viene realizando por toda España, y cuya vigésima-quinta de la serie acaba de celebrarse en Madrid. Este privilegio se explica si se tiene en cuenta que, preparados por medio de conferencias adecuadas, en manos de estos maestros, los libros han de dar mayor y más eficaz rendimiento. Es, además, un vínculo con que los semanistas quedan cordialmente ligados al Instituto de Pedagogía.

En el tiempo transcurrido—cinco años—desde que Misiones Pedagógicas es un organismo tutelado y dependiente del citado Instituto, se han distribuido más de *dos mil quinientas bibliotecas*, que suponen muy cerca de *doscientos mil libros*, sembrados por nuestras escuelitas rurales, surcos en tierra de España, húmedos y abiertos, que responden a esta bienhechora simiente con los más halagadores resultados.

JULIA GARCÍA F. CASTAÑÓN.